

ALMAS GEMELAS

(Una historia de amor)

Jesús Campos García

www.jesuscampos.com

La proyección nos sitúa en el Parque del Retiro, frente a una escalinata y entre dos pedestales. Se escuchan unos pasos –el crujir de las hojas secas–, aunque no se ve a nadie, y eso que estamos a plena luz del día.

MUJER.– ¿Quién anda ahí?

HOMBRE.– ¿Es usted?

MUJER.– Sí, claro.

HOMBRE.– ¿Pero dónde está?

MUJER.– Aquí, junto al pedestal.

HOMBRE.– No la veo.



MUJER.– Tampoco yo.

HOMBRE.– Salga, no se esconda.

MUJER.– ¿Para?

HOMBRE.– Para verla.

MUJER.– ¿Pero no habíamos quedado en que era una cita a ciegas?

HOMBRE.– Sí, pero eso no significa que tengamos que hablar a escondidas.

MUJER.– ¡Ah, no?

HOMBRE.— A ciegas quiere decir que te citas sin verte.
Vamos, sin conocerte. Sin saber con quién.

MUJER.— Aun así, me gustaría ocultar mi identidad.

HOMBRE.— No le estoy pidiendo que se identifique, sólo que se deje ver.

MUJER.— Muéstrese usted primero.

HOMBRE.— No puedo. No es que no quiera; en mi caso, es que no puedo.

MUJER.— ¿Y eso?

HOMBRE.—Ya... sabe. Lo ponía en el anuncio.

MUJER.— Pues no sé, no recuerdo.

HOMBRE.— ¿Ah, no? Pues lo ponía. Soy... soy el hombre invisible.

MUJER.— ¿En serio?

HOMBRE.— ¿Creyó que era una broma?

MUJER.— Así, al pronto...

En un “sí es no es” se adivinan sus siluetas junto a los pedestales.

HOMBRE.— Sí, ya, entiendo que se lo pareciera; pero no, no es una broma. Qué más quisiera yo. *(Pausa.)* En fin, ya ve.

MUJER.— Pues no, no veo.

HOMBRE.— Estoy aquí, en la escalinata. ¿Ve como soy invisible?

MUJER.— ¡Ay, qué bueno!

HOMBRE.— No, créame, no es nada divertido; más bien, una desgracia.

MUJER.— Tampoco es para que se lo tome así.



HOMBRE.— ¡Ir por la vida sin que nadie te vea? ¡Se imagina?

MUJER.— Me hago una idea. Y sí, vamos que sí es duro; pero puede hablarles.

HOMBRE.— ¡Hablarles? ¡Cómo hablarles? Mi voz causa espanto. Huyen despavoridos. Y ni le cuento si los toco. El contacto de mi mano ha provocado ya más de media docena de infartos.

MUJER.— Le entiendo, ¿cómo no le voy a entender? Aun así, créame: ser invisible no es ninguna desgracia.

HOMBRE.— ¿Ah, no? Pues dígaselo a los infartados.
(Pausa.) Oiga, ¿y usted por qué se esconde?

MUJER.— ¿Quién, yo?

HOMBRE.— Sí, usted.

MUJER.— Estamos hablando, ¿no? ¿Qué más quiere que haga?

HOMBRE.— Salir de su escondrijo. Podría dejarse ver.

MUJER.— Me temo que eso... no va a ser posible.

HOMBRE.— ¿Y eso?



MUJER.— Verá... es que yo... soy la mujer invisible.

HOMBRE.— ¿Se burla de mí?

MUJER.— En absoluto. Y entiendo que pueda parecerle una broma, pero ¿qué quiere?, soy invisible.

HOMBRE.— ¿Y, si es invisible, por qué se esconde?

MUJER.— ¿Yo, dónde?

HOMBRE.— Sí, detrás del pedestal. Usted lo dijo.

MUJER.— Junto al pedestal, fue lo que dije. Pero no estoy detrás, estoy delante.

HOMBRE.— ¿Me está diciendo en serio que es usted la mujer invisible?

MUJER.— A la vista está.

HOMBRE.— Increíble. Esto es increíble.

MUJER.— ¡Increíble? ¿Al hombre invisible le parece increíble que yo sea invisible?

HOMBRE.— Es que es muy fuerte.

MUJER.— Y tan fuerte. Oiga, mire, yo también he sufrido la incompreensión de los demás, que esto de ser distinto no es plato de gusto para nadie.

HOMBRE.— Pues eso no es lo que decía antes.

MUJER.— Que yo lo lleve con alegría es otra cosa. Cuestión de carácter. Ahora, que un semejante me esté poniendo en duda, me parece... intolerable.

HOMBRE.— En fin, no sé, póngase en mi lugar.

MUJER.— No, póngase usted en el mío. ¿O qué cree, que yo no estoy sorprendida? ¿Sabe lo que pensé cuando leí su anuncio? “Hombre invisible busca media naranja”. Pues pensé: “No saben qué

inventar para llamar la atención”, eso fue lo que pensé. De eso a estar aquí, hablando con una voz sin cuerpo...

HOMBRE.— ¿Ve? Luego me está dando la razón. Usted misma lo ha dicho.

MUJER.— Que he dicho, ¿qué?

HOMBRE.— Pues que es sorprendente.

MUJER.— Claro que es sorprendente. Sorprendente, sí. Sorprendente, impensable, inesperado, pero no increíble. No para usted. Al menos para usted, no puede ser increíble. No señor, me niego.

HOMBRE.— ¿Sabe lo que pasa? La soledad puede jugarle a veces una mala pasada. Se hace uno ilusiones... Y no quisiera equivocarme.

MUJER.— ¿Piensa que puedo ser una invención de su mente?

HOMBRE.— Pues sí, es lo que pienso.

MUJER.— No, visto así... Claro que igual podría ser al contrario.

HOMBRE.— ¿Cómo es eso?

MUJER.— Sí. ¿Que por qué no puedo ser yo la que le está imaginando a usted?

HOMBRE.— Pues porque el que lo está pensando soy yo.

MUJER.— ¿Me está negando el derecho a que sea yo la que lo piensa a usted?

HOMBRE.— Yo...

MUJER.— Eso es machismo.

HOMBRE.— No empecemos.

MUJER.— ¡Que no empecemos? ¿Y acaba de decir que sólo existo porque usted me piensa? Pues dígame si no cómo le llama a eso.

HOMBRE.— Oiga, pues mire, sí, soy un machista. ¡Mujeres! Siempre igual.

MUJER.— Por favor, modérese.

HOMBRE.— Es que estoy tratando de entender qué es lo que pasa. Y no lo entiendo.



MUJER.— Pues está muy claro, que somos la pareja invisible.

HOMBRE.— Sí, usted ríase, pero ha sido tan duro tener que aceptar que soy invisible... No me gusta. Y ahora, de repente, aparece usted, tan contenta, sin importarle lo más mínimo ser invisible o no.

MUJER.— Al principio, pues choca. A mí es que me deprimía. Hasta que un buen día, me dije: “Tía, eres invisible, esto es lo que hay, qué se le va a hacer”. Y ya ve.

HOMBRE.— Pues eso es lo que pasa, que no veo. Ni me ve, ni la veo; y hasta las voces podrían ser quimeras. Es todo tan inconcreto...

MUJER.— Cierto, sí, así es. *(Pausa.)* Aunque nos queda el tacto.

HOMBRE.— ¿El tacto?

MUJER.— Un sentido muy poco cultural, sin tradición. Por eso es tan sincero. Aún no aprendió a mentir.

HOMBRE.— Claro, el tacto, qué interesante. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

MUJER.— Y eso que es usted el que piensa.

HOMBRE.— No se burle.

MUJER.— Pero si no me burlo.

HOMBRE.— Se me está ocurriendo...

MUJER.— ¿Sí?

HOMBRE.— Creo... no sé, que deberíamos acercarnos.

MUJER.— ¿Y eso?

HOMBRE.— Verá, si le parece, siga el primer peldaño. Yo

haré lo mismo.

MUJER.— Pero, ¿para qué?

HOMBRE.— Para encontrarnos. Debemos asegurarnos de que somos reales.

MUJER.— Ya.

HOMBRE.— Es el único modo; usted lo ha dicho.

MUJER.— De acuerdo, vamos allá.

HOMBRE.— *(Tras una pausa.)* ¿Es usted?

A partir de este momento, las alteraciones respiratorias, así como las risitas y grititos, pondrán de manifiesto la complejidad de la acción.

MUJER.— Sí, claro, ¿quién quiere que sea?

HOMBRE.— O sea, que es verdad.

MUJER.— ¿Es que lo había dudado?

HOMBRE.— Pues...

MUJER.— Yo jamás lo dudé.



HOMBRE.— Oiga...

MUJER.— ¿Sí?

HOMBRE.— Tiene usted muy buen tipo.

MUJER.— Gracias. *(Pausa.)* Lo mismo digo.

HOMBRE.— Pero que muy buen...

MUJER.— ¡Ay, no, no! Eso no.

HOMBRE.— Perdone.

MUJER.— Perdóneme usted a mí, pero es que me cogió

por sorpresa.

HOMBRE.— ¿Sabe que tenía razón? Esto del tacto ahorra muchas explicaciones.

MUJER.— Es mucho más concreto, dónde va a parar.

HOMBRE.— ¿Le parece que demos un paseo?

MUJER.— Ay, sí, sí, por favor, que aquí estamos muy a la vista.

Y, tomándose por la cintura, sus siluetas se desvanecen, al tiempo que cobra presencia la de un tercer invisible que andaba por allí.

EL TERCER HOMBRE.— Y cogidos de la mano, se adentraron en la espesura del parque, supongo que para entregarse a los placeres del tacto sin que nadie los viera. *(Pausa.)* Yo estaba allí —no no, no es que sea un *voyeur*—, casualmente... pasaba por allí y escuché sin querer. ¿Saben?, en estos tiempos, en que todo te lo meten por los ojos, tranquiliza saber que, por fortuna, aún quedamos gente invisible.

NOTA: Para representar la invisibilidad de los personajes, se dispuso una gasa sobre la que se proyectó frontalmente la imagen del parque (foto de Ortiz de Mendivil) y tras la que actuaban los intérpretes mínimamente iluminados.

*(Para ver el vídeo de esta obra interpretada por Francisco Vidal y Diana Peñalver, con dirección del autor, ir a:
http://www.jesuscampos.com/youtube/entre_gemelas.html)*